



Exaltación a la Eucaristía
Consejo de Hermandades y Cofradías
De
San Fernando (Cádiz)
2016

Antes de comenzar, quisiera en voz alta y en público agradecerte lo que en privado hago.

Gracias Señor, por la vida que me has dado y me regalas diariamente.

Gracias Señor, por mí familia.

Gracias Señor, por la compañera que me diste, y por mis hijos, frutos del amor de ambos y que te pido Tú siempre protejas.

Gracias Señor, por mis amigos que siempre están ahí, ellos para mí y yo para ellos.

Y sobre todo gracias Señor, por aquellos que me consideran su enemigo, que yo nunca los considere como tales.

Gracias Señor, por hacerme ver con la fuerza de Tú Espíritu, que debo acatar y compartir las normas que manan de la Santa Iglesia Católica, que es la propulsora de tu obra en la tierra.

Por todos y por todo GRACIAS.

Y ahora llega el momento.

Con la Venia de S.D.M

Rvdo. Sr. Arcipreste de San Fernando.

Ilmta. Sra. Alcaldesa de la ciudad.

Sr. Concejales del Excmo. Ayuntamiento.

Excelentísimas, ilustrísimas y dignísimas autoridades.

Sr. Presidente y Junta Permanente del Consejo de Hermandades y Cofradías de San Fernando.

Sres. Hnos. Mayores y Juntas de Gobierno de las distintas Hermandades de nuestra querida Isla.

Familiares, cofrades, señoras y señores amigos todos.

Quisiera en primer lugar, agradecer al señor Presidente y Junta Permanente del Consejo de Hermandades y Cofradías, la confianza depositada en mí, para este honroso a la par difícil encargo. Gracias de corazón.

De antemano, debo reconocer que soy una persona dada más al bricolaje que versada en literatura; por eso, cuando recibí el ofrecimiento del Sr. Presidente de nuestro Consejo la noche del 26 de enero, le dije: “mañana te contesto”.

Pasé una larga noche pensando. A la mañana siguiente, dije, “sí”. No podía ni debía decir otra cosa. Lo contrario en mí, no hubiese sido lógico: ni como cofrade ni como creyente; porque estoy convencido de que tengo el deber de contribuir, dentro de mis modestas posibilidades, a la difusión de la Palabra de Dios.

Algo que se debe proclamar y anunciar, algo que debemos vivir día a día.

Por eso, soy consciente de mi responsabilidad ante ustedes, no sólo como exaltador, sino también y de manera capital, como instrumento de Fe.

Una Fe, que a veces sin yo esperarlo, me sacude violentamente. Hoy estoy dispuesto a poner mis dudas y certezas, en la palabra, para transmitir lo que siento y en lo que creo. En definitiva... lo que soy.

Tengo la convicción de que la felicidad a la que aspiramos todos, en consecuencia directa de la coherencia, que no es otra cosa que una actitud íntima e insobornable, para pensar libremente y poder decir lo que se piensa, actuando consecuentemente con lo que se dice; por eso precisamente este compromiso de hoy, me asusta tanto. Para mí, el hecho de decir a viva voz lo que siento, supone derramarme y dejar al descubierto mi interior.

Tuve claro desde el principio, que en este acto no cabían florituras ni adornos, sino que debía desnudar mi alma y confesar quién soy y como llegué, o al menos, cómo creo que llegué a conocer al Señor. Pues a los hombres podía engañar, pero a Dios no y menos hablar delante de Él escudándome detrás de las palabras.

Sólo de esa manera podría ser libre y coherente conmigo y con mi Fe. Sólo de esa manera podría ser feliz.

Permítanme pues, que, abusando de vuestra paciencia, comience desde el principio.

Nací en los años 60 en el seno de una familia humilde. La primera luz que vi, fue la de un patio de vecinos del Callejón Nuevo, hoy calle Santo Entierro.

Mi familia no era una familia de comunión diaria. En aquellos años de tanta escasez, las familias pobres estaban más pendientes de la subsistencia que del rezo cotidiano. En mi familia la religión era lo que era, algo que se debía querer y respetar y poco más.

Sin embargo, sí quisiera compartir dos recuerdos: uno el de mi abuela paterna sentada en su butaca escuchando el Santo Rosario. Todas las tardes, la radio lo retransmitía desde el Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Cádiz. Me veo a mí mismo, interrumpiendo mis juegos y preguntándome, qué era lo que hacía mi abuela.

El otro recuerdo es el de la Santísima Virgen del Carmen (mi familia siempre le ha profesado una gran devoción.) Recuerdo cómo se adornaba el patio todos los meses de mayo: macetas, flores y banderitas, para recibir a Nuestra Señora del Carmelo. ¡Qué maravillosa era la noche que pasaba en el patio! La imagen que cariñosamente llamábamos la callejolera, se guardaba en casa de mi abuela... yo vivía allí y tenía la íntima satisfacción de dormir a su lado. Y como al día siguiente se preparaba el confesionario y altar, para celebrar la Eucaristía.

Os confieso que desde el primer momento que la ví, me enamoró.

Un día entre en el Carmen con mi abuela. Me acerco a un altar quiero recordar, en el que hoy se encuentra la imagen de San Juan de la Cruz, y allí estaba Ella; pero no era la misma, era más grande, aunque también tenía un niño en su brazo.

¡Qué majestuosa! ¡Que elegante! Y, sobre todo, ¡Que Madre con mayúsculas!

Más tarde llegaría al Carmen, para ser monaguillo y ahí comienza otra parte de mi pequeña historia, acaso la más entrañable.

Un día me llamó la atención, cómo otros niños ayudaban en la misa. Decidí que quería ser como ellos. Recuerdo la sensación tan especial que tuve la primera vez que me vestí con la túnica marrón, el cíngulo y la esclavina cruda. ¡Llevaba los colores de la Virgen!

Echo de menos a dos hombres buenos. Al Hermano Humberto que nos enseñaba cómo debíamos ayudar al sacerdote en la misa y al Padre Serafín, mi padrecito, quien me enseñó a amar las Sagradas Escrituras. Con él aprendí que para actuar en la vida, hay que buscar en el libro de la vida verdadera que es la Biblia. Es la única manera de caminar sin tropezar demasiado y la única forma de levantarse tras la caída.

Añoro aquellas peleas de monaguillos, en las que nos disputábamos quien llevaría el Cáliz, el incensario, la naveta, las vinajeras... Sin saberlo, con aquel juego de niños, estaba aprendiendo a amar a la Virgen y su hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

**ALABADO SEA EL SANTISIMO
SACRAMENTO DEL ALTAR
Y LA VIRGEN CONCEBIDA
SIN PECADO ORIGINAL**

Siempre me gustó esta canción, que se entonaba en las sabatinas dedicadas a la Virgen del Carmen. Descubrí el amor y la misericordia entrañable de Dios conmigo y con todos los hombres y mujeres del mundo. Él, que pudo hacerse presente en toda su potente plenitud, se nos dio a través de su Hijo como uno de nosotros, exepcto en el pecado.

El cuerpo de una mujer fue preparado desde antes de su concepción, para ser el primer sagrario y yo, a través de la imagen de aquella **Divina Mujer**, aprendí a amar a Dios. Por eso llevo hoy este bendito escapulario y no la medalla de Humildad y Paciencia, para honrarla a Ella y al Santísimo Sacramento del Altar, fue la primera prenda que vestí. Y si en algo pude contribuir en que hoy exista Humildad y Paciencia, este bendito escapulario está detrás.

También fue el padre Serafín, quien me formó para dar catequesis. Cuando en la Ardila no existía Parroquia, me mando a dar catequesis al Colegio Público de aquel, hoy mi tan amado, barrio. Y ahí estaba yo, hablando de Ti, Señor, a los más pequeños, a los que Tú querías cerca, muy cerca... Yo pretendía acercarte a ellos, acercándome yo a Ti.

Dios se me da cada día por medio de su Santísimo Hijo. Dios quiere quedarse en nosotros para sofocar nuestra debilidad. Dios

necesita de nosotros aquí y ahora para la construcción de su Reino en la tierra. Nos llama y reclama, somos testigo y debemos ser mensajeros de su infinito amor, de su infinita misericordia.

Cada día se nos ofrece y se nos entrega con el Pan de Vida.

Dios es Misericordia y nos lo demuestra todo y cada uno de nuestros días, se entrega a los hombres, se da a los hombres, se queda con los hombres.

SEÑOR NO SOY DIGNO DE QUE ENTRES EN MI CASA PERO UNA PALABRA TUYA BASTARA PARA SANARME

A veces pienso que no le damos sentido a la comunión, que la hemos convertido en un procedimiento mecánico. En ella se consume el mensaje salvífico de Jesucristo, un mensaje de unión, de paz y amor. ¿Pensamos, sentimos verdaderamente la plenitud de Jesucristo, cada vez que recibimos la Sagrada Forma? Recemos para que la oración cure nuestras debilidades y nos ilumine para comprender y valorar el Sacramento de la Eucaristía.

Las palabras de Cristo, son palabras que debemos llevar como mensaje a los demás, a todos los que nos alimentamos de la misma eucaristía, si bien a veces pienso que la tomamos, pero no la comulgamos, siendo una misma comunión a veces hablamos en idiomas diferentes, ella nos debe unir, ella es lo que nos hace diferentes de aquellos que están lejos, ese es el mensaje salvador y salvífico para todos nosotros.

Debo y creo, que debemos llevar la noticia a todos, construyamos su reino, seamos manos, pies, ayudantes y portadores de la gran esperanza de Dios, de su infinita Bondad, de su Amor.

Vistámonos con nuestra mejor túnica de penitente y comprobaremos que todas son iguales, miremos lo que nos une, que es Jesucristo, lo llamemos como lo llamemos, es Jesús, fuente de todas las bendiciones, gracias a su cuidado paternal y a su amor incondicional, El Señor nos necesita.

Tuve la gran suerte de conocer a la Hna. Cristina del Santísimo Sacramento, una monja que transmitía humanidad, humildad, paz... en definitiva amor de Dios. Cuando todos los Miércoles Santo íbamos a ayudar para el montaje del Monumento del Jueves Santo, ella siempre estaba allí, pendiente de que al Señor no le faltara nada. Recuerdo que comentaba:

Estando Jesús tan abandonado, fuera siempre nuestra petición, que todo el mundo lo ame y lo conozca.

Ese es el camino que siempre pido al Señor, que me haga encontrar y seguir como aquellos discípulos de Emaús. ¡Que arda mi corazón al recibirte Resucitado!

Que lleve en mi vida Tú buena nueva, Jesús está conmigo está con nosotros, permanece con nosotros, como dice la Escritura, hasta el final de los tiempos.

Sea nuestra oración con Dios el silencio, la paz y tranquilidad de nuestra alma.

Jesús siendo Rey de Reyes, no es un rey terrenal, no es un rey que ejerce su dominio, sino un rey que sirve, es un rey que se acerca hasta el hombre para satisfacer, no solo el hambre material, sino sobre todo un hambre más profundo, el hambre de la orientación, del sentido, de la verdad, el hambre de Dios.

Esa es la Eucaristía, el alimento que satisface el hambre de Dios.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan, vivirá para siempre.

Durante la Cena Pascual, es el Señor el que toma el pan en sus manos --como nos dice el Evangelio de San Marcos y, tras pronunciar la bendición, lo rompe y lo da a sus discípulos diciendo: «**Tomad, este es mi cuerpo**». Lo mismo hace con el cáliz, dio gracias, se lo dio y todos bebieron de él. Y dijo: «**Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos**» (Marcos 14, 22-24). La historia de Dios con los hombres se resume en estas palabras. No sólo nos debe recordar el pasado, sino que estas palabras anticipan también el futuro, la venida del Reino de Dios en el mundo. Jesús no sólo pronuncia palabras. Lo que Él dice es un acontecimiento, el acontecimiento central de la historia del mundo y de nuestra vida personal.

Al contemplar más de cerca este pequeño pedazo de Hostia blanca, este pan de los pobres, se nos presenta como la síntesis de la creación. Se unen el cielo y la tierra, lo humano y lo divino, como cantábamos hace semanas en el Pregón Pascual. Dios se hace posible en nuestro pobre planeta, el misterio de la vida y de la existencia del hombre nos sale al paso en toda su maravillosa grandeza, con su infinita Misericordia.

¡Cuántas y cuántas personas no conocen al Señor! ¡Cuántas y cuántas personas no le ponen rostro al Señor! Cuántas y cuántas personas son víctimas de las injusticias humanas Señor, porque los que la cometen, no te conocen.

Jesús quiere un rostro y el rostro que quiere, es el rostro de los pobres.

La Eucaristía tiene que ser fuente de caridad y amor para con nuestros hermanos. Es decir, la Eucaristía nos tiene que lanzar a todos a practicar la caridad con nuestros hermanos.

Jesús nos deja su testamento y nos lo manda **“amaos los unos a los otros”**, nos deja su mandamiento nuevo. En la Última Cena, cuando nos estaba dejando la Eucaristía. Por tanto, tiene que haber una estrecha relación entre eucaristía y el compromiso de caridad.

Donde hay caridad y amor, allí está el Señor,

Jesús no está donde no existe la caridad; caridad con el prójimo, con el más necesitado; caridad espiritual. No sólo es caridad dar alimento o limosna. Jesús quiere el corazón limpio y lleno de caridad humana, el rostro de Jesús es el que menos nos podamos imaginar, el que más repudio nos dé, ese es el rostro de Jesús.

Hay otro motivo de unión entre eucaristía y caridad.

¿Qué nos pide Jesús antes de poner nuestra ofrenda sobre el altar, es decir, antes de venir a la eucaristía y comulgar el Cuerpo del Señor?

El Evangelio de San Mateo nos dice:

“Si te acuerdas allí mismo que tu hermano tiene una queja contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y después vuelve y presenta tu ofrenda” (Mt 5, 23-24).

De nada sirve la mejor ofrenda, si no soy capaz de reconciliarme con mi hermano.

Desde el primer Jueves Santo que el Señor instituyó la Eucaristía, cada misa que celebra un sacerdote en cualquier rincón de la tierra, tiene un valor redentor y de salvación universal. No sólo recordamos la Pascua, sino que revivimos realmente los misterios de nuestra salvación, Jesús se entrega por amor a nosotros y gracias a ello, nosotros tenemos vida eterna.

Es en Cristo la Promesa cumplida; el amén de Dios, la plenitud de todas las bendiciones. Pues Cristo nace, muere y resucita, para darnos vida, en esta esperanza fuimos salvados. Así pues, nuestro presente y futuro es Cristo.

Dice el salmo 107

¡ Hazme , Señor, instrumento de tu amor!

Tenemos tendencia a pedir a los demás y sobre todo, a ese Dios que buscamos fuera de nosotros. Pedimos: que nos consuelen, que nos amen, que se nos haga justicia... No nos damos cuenta que todo cuánto necesitamos, está dentro de nosotros mismos. Que la verdadera plenitud la tenemos cuando nos anulamos y nos hacemos instrumentos de ese Dios Padre, que actúa a través nuestro, con toda su fuerza y se manifiesta en el consuelo, el perdón y el Amor hacia los demás.

Todo se resume en la Eucaristia. Ese es verdadero amor, desprendermos de todo lo que nos impide realizar ese encuentro con Dios; olvidandonos de nosotros mismos; despojandonos de todo lo superfluo para dejar que Él se haga presente y, a través suyo, podamos hacer que nuestra oración sea una realidad en nuestros corazones.

Nuestra confianza como cristianos al vivir nuestro bautismo es saber que estamos creados a imagen y semejanza de Dios; por tanto seres capaces de amar.

San Juan Pablo II nos decía sobre la adoración al Santísimo:

La adoración a Cristo en este sacramento de amor, debe encontrar expresión en diversas formas de devoción eucarística: plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales, bendiciones eucarísticas, procesiones, congresos... A este respecto merece una mención particular la solemnidad del Corpus Christi.

Nos dice las escrituras:

“Nadie tiene amor más grande, que aquel que da la vida por los demás”.

Esa fue la maravillosa lección de Jesucristo, que por amor a nosotros dio su vida.

¿Cómo corresponder a ese amor? Pues dándonos, en un servicio continuo a los demás y de una manera especial pidiendo por todos los hombres del mundo: por los que conocen a Dios y por los que no lo conocen; por los ricos y los pobres; por los sanos y los enfermos; por los buenos y los malos, y por tantos hombres y mujeres que dan su vida misionera, llevando la verdad a través del conocimiento de Dios.

La Misión nos implica a todos. Pensemos que Dios tiene un proyecto de vida para cada uno de nosotros. En el silencio de

nuestro sagrario (Dios y yo), nos debemos preguntar cada uno quien soy, y « ¿cuál es mi proyecto de misión?»

No olvidemos que a todos nos corresponde hacer misión, cumplir con el mandato de Jesús, de llevar su mensaje a todo el mundo.

Dios nos creó para la felicidad y nos dotó de la libertad. Libertad que se vio sometida por el egoísmo, por el pecado, que nos hace infelices, desgraciados. Pero a pesar de dicho pecado, a pesar de nuestra falta de fidelidad a aquel que nos llamó desde el amor a la existencia, seguimos siendo sujetos de su Gracia. Dios nos sigue regalando la fuerza de su Espíritu para que podamos salir airosos de nuestra postración.

Dios nunca nos dará la espalda. No se la volvió a nuestros antepasados, como leemos en el Antiguo Testamento, y no nos la volverá ahora a nosotros, que participamos de la Nueva Alianza de Cristo.

Sólo en Él podemos encontrar la ayuda necesaria que colme todas nuestras aspiraciones. Esta es nuestra fe, esta nuestra esperanza.

Fe, esperanza y caridad, que se contienen y deben contenerse, para manifestarse, en una vida vivida desde el Amor.

Si nos llamamos y nos sentimos cristianos no nos debemos dejar llevar por el abatimiento y la desesperanza. Contamos con la fuerza del Espíritu del Señor, con la Eucaristía, que nos ilumina y nos conduce, como nos dice el salmo, **a fuentes tranquilas**, no para dormir, sino en donde reponer fuerzas para seguir obrando desde el Amor, construyendo el Reino de Dios. Reino de Amor, Paz y Justicia, Reino de Vida y Verdad.

El Espíritu Santo que recibieron los apóstoles de la Iglesia naciente, es el mismo Espíritu que un día recibimos en nuestro bautismo, y el mismo que hoy nos ofrece Jesús Resucitado y que sigue derramando sobre nosotros, para animar nuestro caminar creyente y renovar nuestro compromiso cristiano.

El Espíritu Santo nos invita a permanecer en vela, a vivir en vela, para percibir y sentir su presencia, y así acoger sus movimientos en nosotros.

Dios en nosotros y nosotros en Dios. Esta es para mí la vida cristiana. No permanecer en lo superfluo, en la idolatría, en la vanidad, aunque a veces ¡ay Señor!, mi fe se haya tambaleado.

Te pido, Señor perdón, por las veces que te he echado y echaré fuera de mí, me consuela tu infinita bondad y misericordia y sé que Tú no me abandonarás y que tu espíritu aunque yo no lo reconozca siempre, estará en mí.

Señor, concédeme, que siempre mi alma tenga sed de ti, y te busque. No permitas que la angustia y las dificultades de la vida ahoguen mi confianza en ti. Tú que has mostrado tu amor al enviarnos a tu Hijo y al darnos en su Cuerpo y su Sangre el alimento de vida eterna, y que en todo momento vea y agradezca tu misericordia.

Dios nos espera, nos reclama siempre en la Eucaristía, nos invita a su encuentro, nos llama a nuestras puertas miles de veces, sólo basta ir a su encuentro, entrar en cualquier Iglesia; ¿nos cuesta tanto responder a su llamada?

Decimos que creémos en Dios y que lo adorámos, que es todo bondad y misericordia; pero, sin embargo, nos olvidamos de él con demasiada frecuencia.

A pesar, de que aseguramos que nuestra Fe anuncia su presencia en la Eucaristia, incomprensiblemente solémos esperar a los domingos y fiestas para hallarnos con Él.

Dios, viene a nosotros, nos colma e invade, nos hace suyos. Su dimension es tan grande y la nuestra es tan nada, que, al unirse Dios con nosotros nos hace Él y sublima nuestra naturaleza y es tan sencillo como decir Amén.

Y por eso me pregunto hoy y os pregunto, si le damos el significado y la fuerza a ese Amén que pronunciamos al recibir la Eucaristia.

Cuando la recibimos estamos aceptando una responsabilidad de vida, nos estamos comprometiendo con Cristo, a ser parte del Él parte de su naturaleza, de su espiritu, nos estamos empeñando en el Amor, le abrimos nuestra alma a todo lo que Cristo significa, a todo lo que Cristo ES.

Esta es la realidad, pronunciando ese Amén, aceptamos el destino de nuestra alma, y el Espiritu de Dios que nos envuelve y nos colma de Bien.

A partir de su presencia, todo nuestro ser, hasta en lo mas escondido, o lo sirve a Él o nos esta sobrando.

El cambio debe realizarse en nuestras actitudes, y en nuestra forma de obrar, será la prueba de que Dios esta en nosotros.

Cuando Dios está en nosotros, sólo nos puede habitar una cosa el Amor.

Y no es cualquier amor, sino que el Amor es Él, el que Cristo nos reveló con su palabra y ejemplo: aquí no caben excusas, ni mentiras, ni apaños; cuando Él está, solo el Amor nos habita.

Luz, que alumbras caminos,
Alimento espiritual.
De aquel que busca consuelo,
Y no lo puede encontrar.

Pan que alivias dolores,
Sufrimientos y tristezas,
Que consuelas corazones.
Y por divinos favores,
Nos transformas y alimentas.

En esta tarde festiva,
Te pido yo Señor mío,
Que arranques todas las iras,
De mi mayor enemigo.

Que nunca yo lo tenido,
Y que en mi pobre torpeza
Te pido que me perdones,
Pues quiero ver con certeza
Que tú con tu fortaleza, alivias los corazones

Permitidme un ruego y reflexión: el proximo domingo cuando salgamos a las calles de nuestra ciudad acompaando a Jesús Sacramentado, demos ese ejemplo de Amor, ese ejemplo de ser diferentes a los que nos ven con otros ojos.

Ser cristiano es un privilegio, pero sin sentirnos privilegiados, pues ese privilegio nos pide mayor compromiso, nos exige el Amos más grande.

Es bonito estar enamorado, pero, cuanto más Amor tengamos, mayor debe ser nuestro compromiso de conservarlo, alimentándolo, sirviéndolo y viviéndolo.

El mejor calibre para nuestro Amor a Dios, será el parámetro con el que midamos a los hombres, y ese parámetro será la capacidad que tengamos para entregarnos a los demas.

Por eso, la Eucaristia – como unión y compromiso que es con Cristo vivo, debe de convertirse en proyecto de vida, en encuentro continuo con el Espiritu, que es el que nos transforma y nos revela lo que de barro tenemos como hombres.

El aliento Divino, su forma he identidad está basada en el Amor, que debe ser nuestro compromiso con todos los demás hombres y mujeres, que tambien SON CRISTO.

Y para terminar una oracion que siempre escuchaba a mi padrecito antes de comulgar:

Señor Jesucrito, hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre y cooperando el Espiritu Santo, y por medio de tu muerte diste la vida al mundo.

Concédeme que la recepción de Tú cuerpo y Tú sangre me purifiquen de todos mis pecados y me protejan contra todos los peligros.

Dame la gracia de cumplir tus mandamientos y nunca separarme de Ti. AMEN